

Guarda el trabajo siempre cuidadoso
Del sacro erario la cerrada puerta,
Medio para el que fuerte y animoso
La del honor pretende hallar abierta;
Nunca los fuertes miembros da al reposo;
Como león está siempre en alerta,
Defendiendo la entrada venturosa
De gente infame, torpe y perezosa.

Sobre el cimborio deste templo raro
Hace la fama que los aires rompa
Su trompa, de los muertos el reparo,
Pues les da vida con su ilustre trompa,
Aqui contra el olvido y tiempo avaro
Celebra con debida y regia pompa
Las hazañas, los hechos portentosos
De los que muertos viven gloriosos.

A aquesta casa, con razon famosa,
Una nueva llegó que el mundo espera
Que es tan alegre quanto venturosa,
Y mas que venturosa verdadera,
De que una niña, por extremo hermosa
Nació, alegrando la estrellada esfera:
La fama alegre entre sus alas pone
La nueva, y á llevarla se dispone.

Quando rompiendo por el aire claro
Un joven de admirable rostro hermoso
Y de semblante peregrino y raro,
De hablar suave y de mirar gracioso,
Manda á la fama que del cierto amparo
Lleve la nueva al que ha de ser su esposo,
Que sea en referirla verdadera,
Y que apresure su veloz carrera.

Rompe gallardo el aire trasparente,
Sacudiendo por él la bellas plumas,
Llevando escritas en su roja frente
Las gracias raras, las virtudes sumas
Del medio del remedio de la gente,
Que predijo la gran sabia de Cúmas,
Mostrando alegre entre sus alas bellas
Los ojos convertidos en estrellas.

Al tiempo llega, que deshecha en lloro
Sale de entre las aguas cristalinas
La aurora, que esparciendo su tesoro
Aljófar rico vierte y perlas finas;
Que descogiendo su cabello de oro
Con sus hebras hermosas y divinas,
Los astros celestiales escurece,
Y las ligeras nubes enriquece.

A aqueste tiempo pues llega la Fama,
Y halla al justo Josef entretenido
Entre los brazos de una honesta dama,
Que le tiene de amor preso y rendido;
Que es la oracion que el corazon le inflama,
Que por divino templo le ha escogido,
Haciendo de su pecho ara sagrada,
Adonde ofrece el alma enamorada.

«Sabrás, la Fama dice, ¡oh joven raro!
Que tan propicios á los cielos tienes,
Que de la real estirpe y solar claro
De donde tan gloriosamente vienes,
Nació una niña, en cuyo fiel amparo
Llueven los cielos soberanos bienes,
A quien la gracia y la naturaleza
Adornan de bondad y de belleza.»

«Gózase el cielo con la niña hermosa;
El Padre omnipotente se recrea,
Y hácela la mas bella y mas graciosa
Que ve el que el mundo con su luz rodea;
El dulce Esposo á la escogida Esposa
Con plenitud de gracias hermoza,
Y el Verbo, que se ve en la niña bella,
Reparte su saber divino en ella.»

«Las tres carites, gracias sobrehumanas,
Hijas del Rey del soberano coro,
Fe y esperanza y caridad ufanas
Llenan su pecho de inmortal tesoro;
Amor divino, que en las soberanas
Cumbres dispara sus saetas de oro,
De amor la adorna y de virtudes tales,
Que excede á las legiones celestiales.»

«Dale de oro de Arabia los cabellos,
Con que enlace de amor su tierno esposo,
Pues los rayos del sol delante dellos
Pierden su luz y resplandor hermoso;
Dos soles claros son sus ojos bellos,
De vista grave y de mirar gracioso,
De quien el que los hizo se enamora;
Que dan luz bella al que los cielos dora.»

«De entre la alegre venturosa cuna
Esparte rayos de su rico Oriente,
Siendo en belleza cual la Fenix una
Y muestra del saber omnipotente;
Es del cielo la media blanca luna
Su mas que hermosa y soberana frente,
Sus cejas arcos de inmortal pureza,
Con que prende al amor y la belleza.»

«La nariz bella el rostro proporciona,
Y las dos rosas por mitad divide,
Y cual del cielo la primera zona
Este cielo de amor compasa y mide;
Con tan grande beldad la perficiona,
Que hace que su furor la envidia olvide,
Que nariz, en quien falta no se halla,
Adora humilde, reverencia y calla.»

«Por mejillas le da las del aurora,
De jazmin blanco y colorada rosa,
En quien dichosamente se atesora
La castidad humilde y vergonzosa;
Al desamor con ellas enamora.
Y á la escuadra seráfica gloriosa
De ver tanta beldad pasma y suspende,
Y en nuevo amor y caridad enciende.»

«Reparte entre clarísimos cristales
Claveles rojos y purpúrea grana;
Sus labios son finisimos corales
De gracia y hermosura sobrehumana;
Los dientes blancos, perlas orientales,
Que entre rubies con mezcla soberana
Hacen una divina hermosa boca,
Que al cielo á celestial amor provoca.»

«La soberana barba que deciente
De gracia y hermosura milagrosa,
Un hoyo hermoso por mitad la hiende,
Haciendo su hermosura mas hermosa;
Con él al casto amor de amor enciende,
Y en él hace su estancia venturosa,
Seguro albergue, soberano nido
De blanco azahar y de jazmin tejido.»

«El cuello ebúrneo, grave, bien sacado,
Columna de la fábrica del cielo,
Que á las que al cielo tienen ha pasmado,
Pues mejor que ellas ya la tiene el suelo;
El pecho puro, cándido y rosado,
Adonde el alma entre el nevado velo
Hospeda á la humildad, á la pureza,
A la fe, castidad, gracia y belleza.»

«Dale unas manos bien proporcionadas,
Mas blancas que el armiño, marmol, nieve,
De armiño, nieve y marmol envidiadas,
Reverenciadas de los coros nueve;
Liberales, hermosas, extremadas,
Cuya hermosura y gracia al cielo mueve
A nuevo amor, á gozo y alegría
De aquesta niña sin igual Maria.»

Dijo el hermoso monstruo, y mas ligera
Que el veloz viento, que soberbia pisa,
Parte, sembrando en su veloz carrera
Gozo en las almas, en los rostros risa,
Y de la nueva alegre y verdadera
A toda la familia ilustre avisa,
Y al justo Esposo con razon eleva
Del parto alegre la dichosa nueva.

Oye las nuevas el gallardo joven,
Y con la duda tiembla el alegría,
Y antes que dentro el pecho el gozo inoven,
Con su deseo y la verdad porfia;
Pues si las cree, teme que le roben
El aliento que el alma al cuerpo envía;
Y así, teme creer lo que desea,
Que un grande bien, dudando es bien se crea.

Ya de la alegre nueva satisfecho,
Que por Bellem su patria se publica,
Gózase el alma, enternecido el pecho;
De su verdad en sí se certifica,
Y en dulcissimas lágrimas deshecho,
Humilde y temeroso á Dios suplica
Alcance á ver la soberana planta
Que al cielo admira y á la tierra espanta.

En tanto pues que dulcemente suena
De la fama veloz la clara trompa,
Haciendo que su voz pura y serena
Del gran Eóto por el reino rompa,
El noble mozo alegrementemente ordena
Con mas humilde que soberbia pompa
De visitar la mas que hermosa niña,
Paz deseada de la antigua ríña.

Y así al deseo, que es quien le voca,
En un instante le convierte en obra,
Porque la gloria de la tierra vea,
Y por quien Dios la antigua deuda cobra;
Y mientras mas camina, mas desea
Ver la niña, que solo verla sobra
Para gozar del bien mas peregrino
Después de Dios, que goza el orbe trino.

Camina pues el venturoso mozo
A Nazaret, que el nuevo cielo encierra,
Dando su gran deseo y alborozo
Al noble pecho alegre y dulce guerra;
Y con amor divino y santo gozo
Adora á quien le anuncia á cielo y tierra.
Llegó alegre al tesoro sacrosanto,
Yo al dulce fin de aqueste grave canto.

CANTO III.

De como visitó Josef á nuestra Señora recién nacida.

Los traces, gente que con vil despecho
Quiere hasta el mismo cielo poner pena,
Pues cuando cubre su estrellado techo,
Y entre la negra nube el aire truena,
Con alma libre y arrogante pecho,
Con furia loca de razon ajena,
Abrasada en furor, ardiendo en ira,
Flechas escupe al cielo y piedras tira;

Esta bárbara gente, á Dios traidora,
Digna de que sobre ella fuego envíe,
Cuando un hijo le nace, gime y flora,
Y cuando muere, alegre canta y ríe;
Celebrando á la parca cortadora,
Por ver que de trabajos los desvie,
Y llorando el nacer con llanto ingrato
Del que es de su criador vivo retrato.

Y antes de aquestos lloros y estos juegos,
De varones mas sabios se ha leído,
Los cuales siendo á luz mayor mas ciegos,
Dejaron falsamente instituido
El parecer de algunos locos griegos,
Que es mejor no nacer que haber nacido,
O que luego en naciendo el hombre muera,
Y que junto al nacer el morir fuere.

Grande locura, necio desvario
De que tan ciega y bajamente ultrajen
A aquel á cuyo mando y poderío
Es bien que las criaturas agasjen;
Aquel que en su ser noble y albedrío
Es de su autor divino viva imagen,
Un abreviado mundo, un Dios pequeño,
Del suelo extraño, de la gloria dueño.

Pues para hacer aquesta heroica hazaña,
Esta obra digna del saber del cielo,
Viniendo del por maravilla extraña
La inmortal alma á unirse al mortal velo,
Parece se consume y desentraña
La alma natura, y en el pobre suelo
Casa le labra, alcázar le fabrica,
Tanito como pequeña, hermosa y rica.

Hizole Dios con su saber profundo
De los angeles puro compañero,
Del mayor mundo le hizo Dios segundo,
Su presidente y visorey primero;
Todo cuanto en sí encierra aqueste mundo
Hizo Dios para el hombre su heredero,
Y al hombre para sí formó de modo
Que le hizo un todo en quien lo cifró todo.

Bien es que el mundo con razon se asombre
En esta cifra, que su autor descifra,
Que de mundo pequeño tiene nombre,
Y es del mundo mayor un mapa y cifra;
El hombre es fin del mundo, Dios del hombre,
Suma en quien Dios á sus criaturas cifra,
Pues que le dió tal gracia y hermosura,
Que vino el hombre á ser toda criatura.

El ser tiene con piedras y metales,
El crecer con las yerbas y las plantas,
El sentir con los otros animales,
Y el entender con las criaturas santas;
Tiene con el que es uno y tres iguales,
Ser su retrato de grandezas tantas,
Que en él selló la lumbré de su rostro,
Haciendo al hombre un soberano mostro.

Dió al hombre Dios con rara providencia
Angeles que le traigan en las palmas,
Pretendiendo con suma diligencia
De sus guerras inciertas ciertas palmas;
De estrellas y planetas la influencia,
Sin que puedan forzar las libres almas
Los cielos, con su eterno movimiento,
Que cuidadosos buscan el sustento.

Al sol que en él derrama su hermosura,
Siendo del mundo el alma y alegría,
La luna clara, que en la noche oscura
Es paje de hacha que le alumbró y guía;
Al tiempo que solicito procura,
Siguiendo de los cielos la porfia,
Con el vario alternar de su mudanza
Servir al que es de Dios la semejanza;

Su calidad le da cada elemento:
En él el fuego su calor encierra,
El aire puro el necesario aliento,
Sangre el agua le da, carne la tierra;
Guisale el fuego su mantenimiento;
Dale el aire la caza que en él yerra,
Su pesca el mar, la tierra fieras varias,
Para su vida y gusto necesarias.

El fuego le fomenta en el invierno,
El aire le refresca en el verano,
El agua dulce, en su cristal eterno,
Da de beber al Vicedios humano;
La tierra, siempre roto el pecho tierno,
Regala alegre al monstruo soberano
Con plantas, flores, frutas, yerbas, mieses,
Preciosas minas y copiosas reses.

Darle las nubes en su lluvia fria
El blando lino y el aceite grueso,
El trigo de oro y el licor que cria
La vid, que á tantos ha quitado el seso;
Montes y rios, caza y pesqueria;
Su mercancia el mar le trae en peso,
La oveja le da lana, y dale seda
El que hace cárcel donde muerto queda.

Con sola la razon que Dios le ha dado,
Con que á los mismos cielos hace escalas,
Puede vencer al escuadron armado
De escamas, uñas, cuernos, conchas y alas;
Cual salamandra pisa el fuego amado,
Y del aire cual águila las alas,
Cual búfano en el verde mar se encierra,
Cual zahori ve lo oculto de la tierra.

Dióle su eterno original divino
Un noble ingenio de presteza tanta,
Que haciendo por el aire real camino,
A los cielos hermosos se levanta;
Con él rompe su muro diamantino,
Y de Dios mira la belleza santa,
Y absorto de su gracia en el abismo,
Encoge el hombro y vuélvese á sí mismo.

Sin salir los umbrales de su casa,
Anda y mide los orbes transparentes,
La zona ardiente, que la tierra abrasa,
Y las que hielan sus vecinas gentes;
Corre las tierras y los mares pasa,
Naciones varias, reinos diferentes,
Y admirase el divino caminante
De que vió el mundo en un pequeño instante.

Domó la tierra con el corvo arado,
Hasta que la hizo dar las mieses de oro;
Aprisionó con pecho denodado
Por la gruesa cerviz al cerril toro;
Puso freno al caballo no domado,
Quitó á las aves su mayor tesoro,
Fió del mar azul el verde pino,
Haciéndole alas del nevado lino.

Todo lo dejó Dios á sus piés puesto,
Hasta el cielo, que el cielo pisa y huella,
Pues el cielo en el clima contrapuesto
Anda debajo desta imagen bella;
Y el cielo claro de beldad compuesto,
Empedrado con una y otra estrella,
Le formó Dios con providencia santa
Para esta celestial divina planta.

Y la capacidad del alma hermosa,
Con que del cielo á la inmortal excede,
No hay en la tierra ni en el cielo cosa,
Después de Dios, con que contenta quede;
Sola la gloria todo poderosa
Hartar al hombre cabalmente puede:
Todo lo que no es Dios le viene estrecho,
Que es Dios el centro donde va derecho.

Y porque últimamente al mundo asombre
Desta divina imagen la grandeza,
Dios, que al hombre crio, deseó ser hombre,
Y se unió alegre á su mortal flaqueza;
Y así, abreviando su poder y nombre,
Tomó del hombre la naturaleza,
Supositando en sí con lazo estrecho
El ser que, unido á Dios, se vió Dios hecho.

Y aun entre plantas, piedras y animales
Quiso el cielo infundir cierto deseo
De parecer criaturas racionales,
Haciendo dello singular trofeo;
Pues de entre los preciosos minerales
De las piedras le imita el camafeo,
Y de los brutos, quieren ser humanos
Los sátiros, los faunos y silvanos.

Y de los que con alas mas serenas
Cortan del aire azul las olas frias,
Con rostro humano de razon ajenas,
Le imitan ligerisimas harpías;
De los peces, bellisimas sirenas,
Que el mar encalman en sus armonias;
La mandragora, yerba soñolienta,
Entre las plantas mas le representa.

Esta cifra del mundo, este edificio,
Primera maravilla antes que otava,
Cuya labor divina y artificioso
La tierra humilde admira, el cielo alaba,
Da señal clara y verdadero indicio
Que en él la perfeccion del mundo acaba;
Pues hizo Dios con soberano modo
Para sí al hombre, y para el hombre todo.

Borre ya el tiempo de la humana historia
De la abundante Ródas el Coloso,
Perezca de Semiramis la gloria
Del Babilonio muro artificioso,
Mate el olvido á la inmortal memoria
Del Mauseolo célebre famoso,
Caiga la torre del soberbio Faro
Ante esta imagen de milagro raro.

Criatura tan hermosa y tan lozana,
En quien el cielo, fuego, aire, agua y tierra
Con artificio y gracia soberana
Cada cual su virtud pone y encierra;
Llorar que nazca, es impiedad villana,
Y contra el hombre ingratamente yerra
Quien no solo no llora el nacimiento,
Mas quien no muestra en él gozo y contento.

Y así al nacer de tan real criatura
El gozo se le debe de derecho,
Tanto por la beldad de su hermosura
Como por la nobleza de su pecho,
Tanto por ser de tal señor hechura
Como porque su Vicedios le ha hecho,
Tanto por ser la perfeccion del suelo
Como por ser para él formado el cielo.

Y si á cualquiera que á este mundo viene
Se debe celebrar el nacimiento,
A aquel que mas perfectas gracias tiene
Se le debe con mas crecido aumento;
Y con mayor justicia le conviene
Al hombre de mayor merecimiento,
Y al mejor mayor gozo y alegría,
Que la mayor bondad mas amor cria.

Pues si es así que nuestra niña excede
La mas perfecta racional criatura,
Y hace que absorta y que vencida quede
La seráfica escuadra, bella y pura;
¿Qué regocijo y fiesta hacerse puede,
Que mayor no merezca la hermosura
Desta Minerva sabia y casta Vesta,
Que es de su Dios el regocijo y fiesta?

Y si al nacer de los humanos reyes,
No mas que los pastores inmortales,
Pues la aguijada tosea de los bueyes
Y el cetro de oro al cabo son iguales,
Hay observadas inviolables leyes
En que gozosos en sus dias natales
Celebre el pueblo como á los divinos
Con sacrificios, juegos, fiestas é hinos;

Si cuando nace el obediente mozo,
Que su temprana muerte el cielo estorba,
Cuya promesa causa risa y gozo
A Sara estéril, en su vejez corva,
Parece que la fiesta y alborozo
A sus padres en sí convierta y sorba,
Celebrando con gozo y regocijo
El parto del amado hijo;

Si porque ofrece la Raquel hermosa
El fruto del amor de catorce años,
Si porque da á David la ajena esposa
El que mostró del mundo los engaños,
Y si la madre de Samuel dichosa,
Por verse libre de injuriosos daños,
Hacen fiestas, banquetes y alegrías,
Regocijando los dichosos dias;

¿Qué mucho que la tierra se alboroce
Al nacer de la aurora sacrosanta,
Viendo que el cielo así se alegre y goce,
Mirando de Jesé la ilustre planta?
Gózase el cielo, como la conoce,
Y alegre á su Criador canciones canta;
La tierra brota flores de alegría
Al nacer deste sol que alumbró el dia.

Al tiempo pues que mas se regocija
Del ilustre Joaquin la alegre casa,
Y por las venas el contento aguija,
Que en celestial consuelo los abrasa,
Gozando de la no esperada hija
El gozo interno y el placer sin tasa,
Llega Josef, y la dichosa nueva,
El bien aumenta, y el placer renueva.

Hacen alegres corros los pastores,
Los groseros vaqueros y gananes,
A quien las varias mezclas de colores
Los hace, aunque mas rusticos, galanes;
Con guirnaldas de yerbas y de flores,
Con ramos de laureles y arrayanes
Muestran entre las voces y los gritos
Los corazones en la frente eseritos.

Y por secreto y celestial misterio
Ordenan fiestas y componen danzas,
Y al son del caramillo y del salterio
Hacen groseramente sus mudanzas,
Festejando por todo el hemisferio
La vida de las tardas esperanzas,
El parto alegre, el nacimiento santo,
Que volvió en dulce risa el triste llanto.

Con rostro alegre y ánimo gozoso
Reciben al esposo bien nacido,
No conocido por su digno esposo,
Mas por su deudo y sangre conocido;
Y con agrado afable y amoroso
Le dan el parabien de bien venido,
En especial el padre anciano y grave,
Que su real sangre y descendencia sabe.

Temblando el venerable viejo, dijo:
«¡Oh gran Josef! Seais muy bien llegado;
Solo hiciera mayor mi regocijo
Ver en mi casa huésped tan honrado;
Que parece que en vos contemplo un hijo
Que aumenta el bien de la que Dios me ha dado,
Tan bella, que ojos y alma me enamora,
Cifra en quien Dios sus bienes atesora.»

Y alzando alegre los ancianos brazos,
Los echa al juvenil gallardo cuello,
Pagan do con reciprocos abrazos
Al venerable viejo el joven bello,
Dando en las almas mas estrechos lazos,
Que alegre el gusto de llegar á vello;
Le mete al real palacio que en sí encierra
La reina, que ha de serlo en cielo y tierra.

Cual suele verde, enamorada yedra
Vestir las piedras del antiguo muro,
Que con su vecindad lozana medra
Contra el fiero rigor del tiempo duro;
Así, enlazada á la materna piedra
La yedra hermosa del verdor seguro
Halla Josef, y con divino colmo
Ve el fruto fértil del estéril olmo.

Mira la seca vara florecida,
La piedra inculta que agua pura ofrece,
El roble agreste vuelto árbol de vida,
Donde de Jericó la rosa crece;
A la desnuda tierra revestida
Del verdor con que el cielo la enriquece;
La mina que descubre su tesoro,
La noche de quien nace el alba de oro.

Llega Josef, y entre grandezas tantas
Adora los despojos celestiales,
Besando humilde las rosadas plantas,
Dignas de hollar estrellas inmortales;
Y viendo de sus luces sacrosantas
Los rayos con el mismo sol iguales,
Tiembla con un respeto que le admira,
Que un no sé qué de Dios en ella mira.

El gran Joaquin con un santo respeto
De entre los pechos maternales quita
El tesoro, que al mundo está secreto
De la mas que preciosa margarita,
Y con afable y amoroso afeto
La ofrece al gran Josef que la visita;
Mas él, temblando, humilde reverencia
De la recién nacida la excelencia.

«Fénix divina, dice, aurora clara,
Imagen celestial, luz verdadera,
Hermosa idea de la hermosa cara,
Que ilustra con su luz la eterna esfera;
Por Dios, hermosa niña, te adorara,
Si al mismo Dios por Dios no conociera;
Mas una cosa el alma me asegura,
Que eres de todas la mejor criatura.

«Que tanta gloria como de tí sale,
La rara majestad que te acompaña,
Tanto en el alma que te goza vale,
Que te respeta por divina hazaña,
Creyendo no hay criatura que te iguale,
En cuanto Febo mira y Tetis baña,
Pues tu bondad me lleva, ¡oh niña tierna!
A que conozca la verdad eterna.

«A no saber que es uno el Dios que adoro,
Y que es error que dos haber pudiera,
Quemara incienso y ofreciera el oro
A aquele bulto que por Dios creyera;
Que tan rico hermosísimo tesoro
No miró al cielo ni mirarle espera,
Pues tanto á tierra y cielo te prefieres,
Que de cuanto no es Dios lo mejor eres.

«Ofrezcan las aladas jerarquias,
Los bellos y abrasados serafines,
Que alegres gozan los eternos dias
Entre siempre odoríferos jardines,
Al resplandor que de tu rostro envias,
Púrpúreas rosas, cándidos jazmines,
Conociendo de aquezas prendas bellas
Que son contigo como al sol estrellas.

«Cesen de las mujeres mas fieles
Sus justas alabanzas mas que humanas;
Callen ya las Rebecas y Raqueles,
Las Délboras, Esteres y Susanas,
Sáras, Abigailtes y Jaeles,
Bellas Judiches, venerables Anas,
Pues son con tu grandeza milagrosa
Como es el mirto con la palma hermosa.

«Cesen las Vestas, Palas, Citeras,
Las Dianas, Floras, Marcias, Fulvias, Celias,
Las Hipodamias y Pantasileas,
Hermiones, Penélopes, Aurelias,
Hipólitas, Europas y Panteas,
Elenas, Ariadnes y Cornelias,
Sibilas, Policenas, Artemisas,
Cleópatras, Euridices y Elisias.

«De las nueve Piérides cantoras
Cese la suavidad y la dulzura;
De las Carites tres congraciadoras
El agrado y la gracia mal segura;
Cese de las bellisimas Pandoras
De los ajenos bienes la hermosura;
Cese de toda la naturaleza
Ciencia, agrado, virtud, gracia y belleza.

«Cesen del rojo sol las hebras bellas,
Ante las de oro que esa beldad cria,
Pues puestas las del sol delante dellas,
Serán como con él su hermana fria;
Cese la claridad de las estrellas
Ante los ojos donde nace el dia,
Y ante la luna hermosa de esa frente
La rosada portera del Oriente.

«Cese ante las mejillas soberanas
La mezcla de jazmines y de rosas,
La plata, los rubies, perlas y granas,
Claveles y mosquetas olorosas,
Los corales y nácares indianas,
Ante las puertas de la boca hermosas
Y ante el aliento que ese pecho envia,
Cuanto Pancaya y el Arabia cria.

«Y ante esas manos y divino pecho
Cese el cristal, el alabastro y nieve,
Pues es el templo para su Dios hecho,
Y ellas, á quien el cielo gloria debe,
Él, el que al mismo autor ha satisfecho;
Ellas, por quien divinas gracias llueve;
Él, claro espejo, donde Dios se mira;
Y ellas, por quien amor sus flechas tira,

«¿Quién, niña hermosa, llegará á miraros
Que deje eternamente de quereros?
De mí sé que no puedo no adoraros,
Aunque sé que no puedo mereceros;
Sé que se debe al veros el amaros,
Como al cielo el favor de poder veros;
Que es veros y no amaros imposible,
Y amaros y no veros insufrible.

«Ilustre y hermosísima Maria,
Mi deuda sois, y es tal en la que quedo,
Que, aunque sé conocer que lo sois mía,
La mucha en que os estoy, pagar no puedo;
Que ennoblece la gloria deste dia
La sangre real que indignamente heredo,
Pues que tan noble deuda y tal parienta
Honor y gloria á su familia aumenta.

«Creced, ilustre, soberana planta,
Tended las ramas de la beldad vuestra,
Pues que sois del amor imagen santa,
Del agrado y belleza hermosa muestra;
Creced con tal ventura y gracia tanta,
Engrandeciendo la prosapia nuestra,
Que renazca el consuelo y alegría
En tan alegre y venturoso dia.

»Creced de ilustre tronco noble rama,
Creced á los serenos rayos claros
De la luz paternal que se derrama
En los bienes que el cielo quiso daros;
Ocupense las lenguas de la fama
En los merecimientos vuestros raros,
Y sed de castidad un raro ejemplo,
Espejo de bondad, de virtud templo.

»Veais ¡oh ilustres padres! desta prenda
Tan bien logrado y venturoso empleo,
Que el cielo alabe, y que la tierra entienda
No erró el amor, y que acertó el deseo;
Veais que tan gloriosamente extiende
Del blason vuestro el singular trofeo,
Que su rara grandeza vaya escrita
Desde el blanco alemán al vago scita.

»Y sea, padres dichosos, norabuena
El parto alegre y nacimiento santo.
Gozad la niña, en quien el cielo ordena
Gloria á sí mismo y á la tierra espanto;
Cese la larga y desabrida pena,
Que en confusa vergüenza os tuvo tanto;
Resucite el contento y alegría
Con la ventura deste hermoso día.

»Que de una concepcion tan milagrosa,
Hecha por orden del Autor divino,
Que anunció el ángel de la vista hermosa,
Rompiendo alegre el aire cristalino;
Que á la puerta dorada y especiosa
Llevó á los dos por celestial destino,
Se ha de esperar que el fruto deseado
Ha de ser honra de quien le ha criado.

Dijo, y volvió á besar las tiernas plantas
De azahares blancos y claveles rojos,
Y de gusto de verse en glorias tantas,
El corazón distila por los ojos;
Enternecido entre las prendas santas
Adora los bellísimos despojos,
Y en castísimo amor, de amor deshecho,
Queda encendido de su amor su pecho.

El anciano Joaquín vuelve y revuelve
La dulce prenda y niña milagrosa,
Y sus ojos en lágrimas resuelve,
De gozo alegre y alegría gozosa;
Con ella sus honrados brazos vuelve,
Para entregalla á su querida esposa,
Allegando á su pecho frío, helado,
El bien que el cielo por su bien le ha dado.

La estéril, ya fecunda, entre sus brazos
Recibe el dulce fin de sus enojos;
Dándole besos mil y mil abrazos,
Enseña el alma en los alegres ojos,
Uniendo con estrechos dulces lazos
A sus copiosos pechos sus despojos,
Sus mejillas de gozo humedeciendo,
El tierno corazón de amor ardiendo.

En esto pues, con olorosas teas
De mirto, palma, cinamomo y nardo,
Que vuelven claras las tinieblas feas
De la noche que enseña el rostro pardo,
Allega de las rústicas aldeas
Un corro pastoril, suelto y gallardo,
Alegrando la patria venturosa
De la que es mas que el sol y cielo hermosa.

Y coronados de piadosa oliva,
Traen un laurel lozano, siempre verde,
Al cual del tiempo la inclemencia esquiva
Ni sus hojas marchita ó verdor muerde;
Diciendo en altas voces: «¡Viva, viva!
La niña, por la cual su infamia pierde
Aquesta casa!» Y ante sus umbrales
Le trasplantan con voces desiguales.

Y luego, al rededor todos bailando,
Al son del tamboril, mudanzas varias,
Están alegremente festejando
A la que ha de cumplir tantas plegarias;
De cedro y de romero van formando
Alegres y vistosas luminarias,
Que compite su luz con las estrellas,
De que hace el cielo luminarias bellas.

El gran Josef las fiestas ve y escucha,
Y en Dios alegre su buen celo alaba,
Viendo el mucho contento y gracia mucha
Que los groseros pechos ocupaba;
Cuál ve que canta alegre, y cuál que lucha,
Cuál que otro juego empieza si uno acaba,
Cuál que, corriendo ó que zapateando,
Sus diferentes gracias va mostrando.

Entre las castañetas que repican
Muestran su gozo y mucha ligereza,
Y las virtudes que desean publican
De la que excede á la mortal belleza;
El laurel siempre verde le dedican,
Pronosticando su inmortal pureza,
Dando á sus padres todos la en buen hora,
Y á Josef santo, que de gozo llora.

En estos juegos, fiestas y alegrías
Estuvo el noble deudo entretenido,
Gozando algunos, aunque pocos días,
Del agrado de Dios recién nacido;
Y al fin, luchando entre congojas frías
De ver el corto tiempo ya cumplido
Que á un cuerdo honrado huésped se concede,
Hace que en su contento corto quede.

Con discreta razon su gusto mide,
Aunque, al partirse, tanta pena siente,
Que el corazón del pecho se divide,
Imaginando de su amada ausente;
Y así, llorando, triste se despide,
De aquella ilustre casa y santa gente,
Volviendo á ver la niña, en quien se arroba,
Y la que el alma y corazón le roba.

Las mejillas en lágrimas bañadas,
Llorosamente así se despedía:
«¡Ay dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Dentro en mi alma vais depositadas,
Enriqueciendo la memoria mía,
¡Quién, ya que os miró, niña, no os dejara,
O al dejaros, la vida se acabara!»

Así, cual suele enamorado tierno,
Que deja la recién amada esposa,
Hacer el pecho un amoroso interno,
Ausente su querida venturosa,
Que el tiempo breve le imagina eterno
Para volver á ver su prenda hermosa,
Que al despedirse teme y se acobarda,
Y al irse vuelve, y al partirse aguarda.

Así Josef, que al mismo amor excede,
Al despedirse con amor se queja;
Ni sabe si se parta ó si se quede,
Pues mas se queda, mientras mas se aleja;
Ve que quedar y que partir no puede,
Y que si parte, el alma y vida deja,
Que quedar y partir es imposible,
Y partir y vivir pena insufrible.

Al fin se aparta de la niña hermosa,
El noble corazón hecho pedazos,
Dejando el alma á la divina esposa
Entre las hebras de los rubios lazos;
Y con vista encogida y amorosa,
Al Joaquín santo da tiernos abrazos,
Cuyas nevadas canas humedece,
Que el gusto mengua y la congoja crece.

Y hasta los umbrales venturosos
Joaquín al noble huésped acompaña,
Y con nuevos abrazos amorosos
Le muestra gusto y voluntad extraña;
Y como á los ausentes dolorosos,
El mucho bien que pierden mas les daña,
Josef se parte, y al partir suspira,
Y el dulce bien que deja atento mira.

Acompañando todos los pastores
Al amado Josef, van derramando
Hojosos ramos y olorosas flores
Por la tierra que el Santo va pisando,
Y de la estirpe real de sus mayores
Alabanzas dignísimas cantando;
Mas él, humilde en Dios, les agradece
La fiesta pobre, que mayor merece.

Contra su voluntad con varios juegos
La escuadra pastoril se alegre y canta,
Y inobediente á sus humildes ruegos,
Va acompañando á la persona santa;
A todos, en su grave vista ciegos,
Su mucho agrado y santidad espanta,
Y hasta las puertas de la ciudad fuerte
Le van acompañando desta suerte.

Al despedirse, con alegre cara
Los abraza, enternece y enamora,
Mostrando el alma entre los ojos clara;
Cada cual, despidiéndose, le adora;
Cuál, si él quisiera, al Santo acompañara,
Cuál que, al partirse, de tristeza llora,
Mas el Santo se parte, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO IV.

De la elección del santo Patriarca para esposo de nuestra Señora.

De aquel lleno de plumas y pelado,
Que cojo y con muletas veloz vuela,
Y comiendo los hijos que ha engendrado,
Sin ser sentido á todo el mundo asuela;
Del que de una hacha abrasadora armado
Lo mira todo y todo lo revela,
De aquel cobarde que nos vence huyendo,
Lo que con él se hace deshaciendo;

Del que es de la verdad padre piadoso,
De todo lo demás fiero padrastra,
Pues en cosa que vio su rostro odioso
Apenas deja de lo que fué rastra;
Del que al jaspe y al pórfido precioso,
Pedernal, marmol, bronce y alabastro
Derriba, humilla, quiebra, desbarata,
Deshace, huella, rompe, hiere y mata;

De aquel avaro franco, jóven viejo,
Mas anciano y antiguo que la muerte,
Nacido con aquel hermoso espejo
Que por el aire y tierra su luz vierte;
De aquel que da, aunque tarde, buen consejo,
Haciendo fea la hermosa, flaco al fuerte;
De aquel mudable en su soberbio carro,
Ya de oro y plata, y ya de cobre y barro;

De aquel que igual y justamente mide,
Después del cielo, cuanto su amor cria;
Que ardientes rayos de calor despide,
Y heladas nieves y granizo envía;
Que en desiguales partes se divide,
Ya largo haciendo, ya pequeño el día,
Siendo tardo, veloz, rico, desnudo,
Pródigo y avariento, sabio y rudo;

De ciervos velocísimos tirado,
De halcones ligerísimos servido,
De cualquiera nacion despedazado,
Y en diferentes partes dividido;
En edades y siglos desmembrado,
En lustros, años, meses repartido,
En días, noches, horas y cuadrantes
En grados, en minutos, en instantes;

De aquel que con trístísimos estragos
Supo arruinar las fuertes Babilonias;
Del que hizo y destruyó los Areopagos,
Los Corintos, las Tébas, las Ausonias;
Del que Ménfis, Albanias y Cartagos,
Troyas, Numancias, Cretas, Macedonias,
Asirias, Persias, Capadocias, Cumas,
Huella ligero con sus canas plumas;

Deste que siempre nace y siempre muere,
Que no se deja ver sino un instante;
Deste que á todos atropella y hiere
Con la segur de rígido diamante;
Que ni tenerse sabe ó parar quiere,
Hecho siempre perpetuo caminante;
Que el monte humilla, el valle ensoberbece,
Y todo lo remoja y envejece;

Deste de nadie apenas conocido,
De todos igualmente deseado,
Siempre por nuestras culpas mal perdido,
Siempre por nuestros daños bien llorado;
Deste que aun no sabemos si es venido,
Cuando sabemos cierto que es pasado;
De aqueste que en su carro trasparente
Teniéndole se parte y no se siente;

Del que en su cierta inevitable fuga
Arruina, tala, roba, rompe, estraga,
La juventud lozana ara y arruga,
La gracia y hermosura hambriento traga;
Lágrimas saca, lágrimas enjuga,
Que da la medicina y da la llaga;
Deste que la aguijada al cetro cruza
La real corona y tosea caperuzas;

Deste ladrón de nuestros breves gustos,
Gilano que adulando nos engaña,
Espejo claro, donde ven los justos
La verdad, cuya luz los desengaña;
Deste asombro de hermosas y robustos,
Letrado no creído, bien que daña,
De cabezas ajenas escarmiento,
Plomo en las penas, y en los gustos viento;

Deste templado, frío, caluroso,
Deste sano y enfermo, alegre y triste,
Que al feo octubre y al abril hermoso
Desnuda fiero y lisonjero viste;
Deste que al bronce duro y mar furioso
Mudo se atreve y atrevido embiste;
Deste caduco y hechicero tiempo
Que sin tiempo nos deja al mejor tiempo;

Deste que por su dicha fué tan santo,
En que aparece de Balaam la estrella,
Que en la tierna niñez admira tanto
La beldad mucha y gracia que hay en ella;
Siendo un divino asombro y raro espanto,
Ver en cuerpo tan bello alma tan bella,
En tan pequeña edad tanta cordura,
Igual la gentileza y la hermosura;

Tres veces doce vueltas habia dado,
Alumbrando la noche por su esfera,
La blanca hermana del Timbreo dorado,
Siguiendo siempre su veloz carrera,
Cuando el Señor de todo lo criado
Quiere que le presenten la cordera
Que amansará al león dentro en su pecho,
Cordero manso por los hombres hecho.

Consulta con Joaquín la amada esposa
De consagrar á Dios la prenda bella,
Y pues hizo su casa venturosa
Enriquecer la suya á Dios con ella;
Y así, dedican á la niña hermosa
Al templo de su Dios, siéndolo ella,
Hasta la edad del himeneo gozoso,
Que aumente su linaje venturoso.

Allí en virtudes y belleza crece,
En el divino amor entretenida;
Allí á su Dios su castidad ofrece,
Haciendo en años tiernos santa vida;
Allí la pasa hasta los años trece,
De los cuales hay ley establecida
No haya ninguna que á catorce pase,
Y si llegare que se vaya ó case.

El gallardo Josef, por otra parte,
Su patria venturosa humilde habita,
Y entretenido en su ingeniosa arte,
Sus virtudes divinas ejercita;
Su hacienda á pobres con amor reparte,
Los enfermos y cárceles visita,
En perpetua oración siempre ocupado,
En Dios de su parienta enamorado.

Dentro en su pecho y corazón propone
De guardar castidad perpetuamente,
Y que su estirpe ilustre le perdone,
Que en su propagación él no consiente,
Si no es que Dios, que todo lo dispone,
En su libre cerviz el yugo asiente.
De aquesta suerte hace el santo voto
Mientras su vida devanare Cloto.

De aqueste modo el uno y otro pasa
De su lozana edad los verdes años;
Ella teme dejar de Dios la casa,
El de la mocedad cerril los daños;
Ella en fuego de amor de Dios se abrasa,
El huye de los hombres los engaños;
Ella perpetua castidad profesa,
El hace della á Dios igual promesa.

Ella suplica á Dios que al suelo baje
Enriqueciendo la mortal criatura;
El pide que ennoblezca su linaje,
Que su eterna palabra le asegure;
Ella pide se vista el pobre traje,
Que va se va cumpliendo la escritura;
El pide el fin de las promesas ciertas
Que ha de hacer fiancas las cerradas puertas.

El uno y otro en esto entretenido
El va cercano bien pide y vocea,
Ella el pecho castísimo encendido,
Esclava de sí misma ser desea;
El en el bien que pide enternecido
Dichosa llama al alma que tal vea;
Ella de gozo en su esperanza llora,
El á la madre y al nutricio adora.

En esto llega el sacerdote grave,
Y ante el virgineo bulto se arrodilla,
Adorando la luz pura y suave,
Delante quien el sol la suya humilla;
Que de su santidad ya el templo sabe
Que es asombro y del cielo maravilla,
Y con aquel respeto que le debe
Así propuso su demanda breve:

«Muy bien sabéis, ¡oh Virgen palestina!
Y mas que humana angelica criatura,
Lo que nuestra ley santa determina
En las que guardan virginal clausura;
Y que es guardada tradicion divina
Y que inviolable eternamente dura
Que la virgen que de años trece pasa
Se case y deje aquesta por su casa.

«Así que, ¡oh Virgen! de virtudes llena,
De tronco ilustre soberana planta,
Pues el cielo en aquesta edad ordena
Deis al conyugal yugo la garganta,
Siendo Virgen de todas la mas buena,
Ejemplo raro de obediencia santa,
Ejecutad el mandamiento justo
Dando á los cielos obediencia y gusto.»

La Virgen modestísima responde:
«Saber, Padre santísimo, debrias
Como en su seno ya la tierra esconde
De mis dos padres las cenizas frias,
Y que si no es aquí, yo no sé donde
Mejor que á pasar mis pocos dias,
Pues mis padres á Dios me han consagrado,
Y yo mi voluntad santificado.

«Y fuera desto darte parte quiero
Cómo á aquel Dios de sin igual grandeza,
De las almas esposo verdadero,
Sacrifique mi virginal pureza;
Y así, gran sacerdote, te requiero
Por su deidad y inaccesible alteza
Que, guardando mi voto, aquí me dejes,
O lo que mas me importa me aconsejes.»

Turbado un poco, admiracion le puso
La novedad del peregrino caso,
Y ya maravillado, ya confuso,
Apenas mueve el perezoso paso;
Y cuando á responderla se dispuso,
En sus razones queda tan escaso,
Que hablar casi no puede, y luego parte
A dar á los demas del caso parte.

Entran los sacerdotes en consulta,
Y ella en Dios levantando su esperanza,
La mescurtable Majestad consulta,
Que es de los cielos bienaventuranza;
Y en ella firme espera que resulta
De su bien empleada confianza;
Su grave caso en esto se decide
Segun la gravedad del caso pide.

La novedad del caso lo eleva,
Y al fin entre ellos no se determina;
Espantanse de que haya quien se atreva
A voto de virtud tan peregrina;
Temen introducir costumbre nueva
Contra el justo deseo, que camina
A ver el dulce fin tan pretendido,
A los de su linaje prometido.

Saben por otra parte cuanto obliga
Cualquier voto que á Dios se prometiére,
Y saben que él por su profeta diga
Que se le cumpla el voto que se hiciere;
Y así, hay quien el voto contradiga,
Como hay tambien quien defenderle quiere;
Uno ensalza y alaba el santo zelo,
Otro replica que se ofende el cielo.

La grave junta en votos dividida,
De tanta religion y prendas santas,
Determina que en causa tan reñida
De pareceres y opiniones tantas,
Con reverencia y humildad se pida
A aquel que pone sobre el sol sus plantas,
Que su secreta voluntad revele
Como en casos cual este hacerlo suele.

Encienden los ministros sacro fuego,
Queman encenso rubio y blanca cera,
Y ante el altar sagrado postran luego
Los pechos llenos de humildad sincera;
Y en oraciones de afectado ruego,
El sacerdocio la respuesta espera,
Cuando entre la oracion y el tierno llanto
Sonó una voz de hacia el sagrario santo.

«Cuajó las venas un temor helado,
Y mezclando el temor y regocijo,
Entre el silencio mudo y sosegado,
La soberana voz, aquesto dijo:
«De aquel linaje bienaventurado
Que hizo cabeza real de Jesé el hijo,
Vengan los descendientes soberanos
Con secas varas en las fuertes manos.

«Y ante el altar de las cortinas rojas
Estando juntos, como el cielo quiere,
Aquel mancebo ilustre es bien que escojas,
Que tan dichoso; oh sacerdote! fuere,
Que brotando su vara frescas hojas,
Flores divinas y olorosas diere,
Que aqueste el cielo por esposo envia
De la ilustre hermosísima Maria.»

Quedaron todos con razon turbados,
Y despachando á partes diferentes,
En breve tiempo fueron convocados
Del real David los claros descendientes;
Y juntándose todos los llamados
A la voz santa humildes y obedientes,
En la casa divina y soberana
Entra la bella juventud lozana.

«Cuál hay altivo que se gallardea,
Y entre las ricas y vistosas galas
El gentil cuerpo y ánimo hermo sea
Tendiendo, cual payon, las bellas alas;
Y cuál que el premio virginal desea,
Entre sus pensamientos hace escalas,
Para batir los estrellados fuegos
Con votos justos y piadosos ruegos.

«Cuál que gallardo muestra cuanto vale
En la excesiva costa del vestido,
Y cuál que como el sol soberbio sale,
Prometiéndose el premio prometido;
Cuál que piensa no hay nadie que le iguale
De los nobles mancebos que han venido;
Cuál espera entre tantos pretensores
Que dé su seca vara frescas flores.

«Cuál se promete el nuevo paraíso
Por Salomon discreto y David sabio,
Y cuál espera en su belad y aviso
Llevarle sin hacer á nadie agravio;
Cuál por bello Absalon, cual por Narciso
Aguarda el dulce sí del casto labio,
Cuál que por Midas le caerá la suerte,
Cual por Saul dichoso ó Sanson fuerte.

Como suele la gente cortesana
Que obliga al escudron recio y membrudo
Al palio rojo de la Tiria grana,
Saliedo cada cual medio desnudo,
Que á Atalanta corriendo se la gana,
Volando cada cual lo mas que pudo,
Haciendo muestra de su gran destreza,
De su soltura, fuerza y ligereza;

No de otra suerte la llamada gente
Al tesoro encerrado se dispone,
Y con deseos de un amor ardiente
El hermano al hermano se antepone;
Nadie primero en la eleccion consiente;
El dendo y amistad aquí perdone,
Que cada cual pretende que su vara
Dé claras muestras de su dicha clara.

Josef con pecho y ojos humillados,
Como indigno del premio prometido,
Espera ver de todos los llamados
Cual ha de merecer ser escogido;
A todos mira inquietos y turbados,
En sus varas su mas noble sentido,
Esperando si nace su ventura
En las flores que el cielo á uno asegura.

«Cuál á Dios ricas víctimas promete,
Con pecho humilde y alma enternecida,
Si ve salir el fresco ramillete,
Que será el ramo que traera su vida;
Cuál sus deseos por las nubes mete,
Solicitando la beldad querida;
Cuál promete la media de su hacienda,
Si le da el cielo la adorada prenda.

«Cuál con su sangre y vida á Aaron comprara
La vara que, cobrando nueva vida,
Brotó las flores de belleza rara
Para trocirla á la que tiene asida;
Y cuál suspira por la ilustre vara,
Que fué en fiera culebra convertida,
Que vara que alcanzó tantos favores
Pudiera producir hojas y flores.

«Cuál, pospuesto de Dios el temor santo,
Quisiera consultar la Pitonisa,
Para que con la fuerza de su encanto
De los demas hiciera escarnio y risa;
Cuál de los magos de Paraon del canto
Desea la magia, donde el Rey se avisa,
Que hiciera, aunque aparentes flores bellas,
Que convirtiera en glorias sus querellas.

«Cuál de Scitia, de Cólco y Tesalia
Por las infames verbas gime y llora,
Por gozar de quien vence á la Accidalia
Madre del ciego, que en su pecho mora;
Cuál de Medea, que bajó hasta Italia,
Por remozar al padre del que adora,
Desea la falsa ciencia y vano encanto,
Por ser esposo de la que es su espanto.

«Cuál el pecho amoroso abrir quisiera,
Y trasplantar en él la seca vara,
Que el calor mucho de su amor hiciera
Que sus entrañas duras ablandara;
Los dos ojos en nubes convirtiera,
Y con lluvia del alma le regara,
Para que enternecida á sus amores
En favor de su dicha diera flores.

Josef, de humildad rico y bondad lleno,
Aunque en Dios, de su prima enamorado,
De merecer tal bien se juzga ajeno,
Y estase de su dicha descuidado;
Siempre presume poco el que es mas bueno,
Que el bueno está de sí desconfiado,
Y así al varon dichoso le parece
Que la beldad que adora no merece.

Tambien el celestial divino empleo,
Que hizo á los cielos de guardar pureza,
Le está enfrenando el conyugal deseo,
Aunque es su prima el sol de la belleza;
Y así al amado virginal trofeo,
Que de David espera la nobleza,
Aguarda á ver qué dueño Dios le ofrece,
Pues todos saben que el mejor merece.

En esto ante el divino altar sagrado
La escuadra juvenil gallarda llega,
Y cada cual, así como es llamado,
Que sea escogido humildemente ruega;
El gran Josef con ánimo humillado
El grave rostro enternecido riega,
Esperando el suceso venturoso
Del que hace de su prima el cielo esposo.

Ya el deseo y esperanza es insufrible
A cada cual que el caro bien desea,
Y aunque conocen que es caso imposible,
Que de mas de uno el premio hermoso sea,
Cada uno espera ser, como es posible,
El que en la dura vara flores vea,
Y así, á mas de uno dellos le parece
Que su vara se aumenta y reverdece.

Ya todo el pueblo atento está á la mira,
Las flores prometidas atendiendo,
Cuando la mano de Josef se admira
Su seca vara humedecida viendo;
Y temeroso en Dios, temblando mira
Que se va hinchando y va reverdeciendo,
Y entre turbadas ansias y congojas,
Ve flores blancas entre verdes hojas.

Tras esto por el aire ven que asoma,
Portento raro, prodigioso y nuevo,
Una sencilla y cándida paloma
Buscando al noble sin igual mancebo;
Y que con blando arrullo alegre toma
Asiento entre las flores del renuevo,
Señalando con vista milagrosa
El digno Esposo de la niña hermosa.

El pueblo absorto, alegre y admirado
Aclamando á Josef, la voz levanta,
Y el sacerdocio en tono levantado
Himnos alegres y canciones canta,
Celebrando el valor del señalado
Con blancas flores y paloma santa;
Repite el pueblo en desiguales voces:
Largos años, Josef, tanto bien goces.

La escuadra juvenil de gozo llena,
Viendo de su parienta el digno empleo,
Y que el ir contra el cielo que lo ordena
Es impiedad y loco devaneo,
Llega á dar á Josef la enhorabuena,
Que le dure á medida del deseo,
Y él con amigo rostro y graves brazos
Los parabienes paga y los abrazos.

Y cada cual con ánimo gozoso
Procura que en su rostro Josef vea
Que no habiendo de ser él el dichoso,
En el alma se huelga que él lo sea;
Y así, ninguno dellos va invidioso
Del mucho bien que en él el cielo emplea;
Que tanto puede la virtud divina,
Que los rebeldes ánimos inclina.

Llega la nueva alegre y venturosa
A la noble honestísima Maria,
Y con humilde vista vergonzosa
Da el grave rostro muestras de alegría;
Y del Señor de majestad gloriosa
Mas firme el voto prometido fia,
Poniendo entre sus manos inmortales
Sus votos y promesas virginales.

Llegan luego del templo las doncellas
Prostrando por el suelo las rodillas,
Vertiendo aljófar rico y perlas bellas
Por la nieve y coral de sus mejillas;
Ella, cual sol delante las estrellas,
Muestra en su rostro nuevas maravillas,
Sus tiernas compañeras abrazando
De su forzosa ausencia consolando.

«Cuál á la dulce amiga triste abraza,
Y cuál la ausencia de su bondad llora;
Cuál tiernamente el cuello hermoso enlaza
Del templo de virtud que humilde adora;
Cuál soledad y pena se amenaza,
Ausente de la luz que la enamora,
Y cuál las manos cristalinas besa
Quedando entre ellas sin sentido presa.

La Virgen soberana enternecida
Enseña el alma en la rosada frente,
Y dice que si viene en la partida,
Es por ser á los cielos obediente,
Y que teme en la triste despedida
Su pena mucha y la que en ellas siente,
Y que si el cielo se lo permitiera,
Siempre su indigna amiga y sierva fuera.

Por otra parte, todos los varones
Vienen en procesion acompañando
A aquel que el cielo con los ríos dones
Se mostró en su eleccion propicio y blando;
Y entre himnos dulces, músicas, cauciones
Los graves sacerdotes van cantando,
Pronosticando entre sus alabanzas
De tal principio ricas esperanzas.

El pueblo todo alegre le bendice,
Reverenciando el bello rostro grave,
Y al cielo justo piden que eternice
La bondad suya, que él también alabe;
Cada cual bendiciones mil le dice,
Viendo el merecimiento que en él cabe,
Y á su posada vuelve, donde espera
Ver del hermoso sol la luz primera.

La soberana virgen Palestina,
Suspensa en la oracion acostumbrada,
El alma humilde y corazón inclina
A la deidad de majestad sagrada,
Pidiendo que su voluntad divina
Le sea como otras veces revelada,
Que ya sabe su voto y su promesa,
Y que ya su clausura amada cesa.

Dió clara luz la refulgente lumbre
De un mensajero celestial alado,
Que de la impírea inaccesible cumbre
Viene á la Virgen bella despachado;
Y aunque á su luz el cielo se deslumbre,
El á la de la Virgen deslumbrado,
Con el acostumbrado acatamiento,
Así declara el celestial intento.

«Tu belleza y bondad, que á la mia excede,
Virgen de suma y sin igual belleza,
Desde tu nacimiento tanto puede
Con el Señor de la inmortal grandeza,
Que hace que el voto confirmado quede
Que ya le hiciste de guardar pureza,
Ordenando que eternamente guardes
El voto casto, en cuyo amor te ardes.

»El esposo que el cielo te ha escogido,
Que fué antes de nacer santificado,
Y nunca el noble cuello vió rendido
Al fiero yugo del mortal pecado;
El voto, que has al cielo prometido,
Condiciona le tiene á Dios votado;
La tempestad que tú en tus pensamientos,
Está pasando entre contrarios vientos.

»Y porque voy á verte, á Dios, Señora,
Y el aire cristalino sacudiendo
Con las alas de estrellas con que dora
El templo santo por quien va saliendo,
Deja su reina, que gozosa llora,
Gracias eternas á su autor haciendo,
Y llega al santo Joven desvelado,
Y dice el ángel de color rosado:

«Santisimo Josef, sálvete el cielo:
No temas al que muchas veces viste;
Cese el penoso y grave desconsuelo
En que te miro desvelado y triste;
Dios te agradece el casto y justo celo
Del santísimo voto que le hiciste,
Y de nuevo confirma tu demanda,
Y lo que tu deseas por mí manda.

»Mañana, ¡oh ilustre joven valeroso!
Has de ser dueño de la bella infanta,
Que es de la luz del sol espejo hermoso
Y intacta flor de su dichosa planta;
Serás, justo Josef, amado esposo
De la criatura mas hermosa y santa
Que miró el cielo ni gozó la tierra,
La que mayor virtud y gracia encierra.

»Voto de castidad ha prometido,
Y por su guarda fiel y cierto amparo
El cielo soberano te ha escogido
Por el mejor de tu linaje claro;
Y en virtud della Dios te ha prevenido
Con los favores de su poder raro:
Serás testigo de su vida casta,
Y adios, Josef, porque lo dicho basta.»

Como suele cometa hermosa y clara
Tender los rayos de su luz bermeja,
Que por su rubio rastro nos declara
El lugar celestial donde se aleja;
Así el mancebo de la hermosa cara
Por el divino resplandor que deja
Muestra cortando el tenebroso velo
Que hace carrera al estrellado cielo.

Pasmóse el gran Josef, y en sí volviendo,
Reverencia al divino alado paje,
Eternas gracias á su autor haciendo
Por el favor del celestial mensaje,
Con alma y vida humilde agradeciendo
El bien con que engrandece su linaje,
Y el celestial con que la duda cesa
Del cumplimiento fiel de su promesa.

En esto el gran Josef la noche pasa,
Deseando ver el perezoso día
En que á la imagen de hieldad sin tasa
Reciba en casta y dulce compañía;
Y como al pecho justo el fuego abrasa
De su esposa santísima Maria,
La noche corta le parece eterna,
Y la esperanza breve sempiterna.

Y ya como divino enamorado,
Castos deseos dentro el alma forma,
De ver el bien que por su bien le ha dado
El que á los cielos dió la hermosa forma;
De sí propio Josef enagenado,
En el sugeto amado se transforma,
Y entre las alas de la noche fría
Á su adorada esposa el alma envía.

La cual, con un afecto fervoroso
En Dios absorta y en su amor ardiendo,
Le pone humilde en su escogido esposo,
Su obligacion justísima cumpliendo;
Y contemplando el orden milagroso
Que en sus cosas va el cielo disponiendo,
En humildad profunda á Dios alaba,
Y antes que su oracion la noche acaba.

Contempla la virtud insigne y rara
Que en su casto Josef está encendida,
Admirando en la grave hermosa cara
La majestad real esclarecida;
Ve como el cielo justo le declara
Por varon santo de inculpable vida;
Mira su gran bondad, su gran nobleza,
Su santidad, su gracia y su pureza.

Ya su virtud alaba y justo celo,
Y ya el divino amor por él la inflama,
Y fervorosamente ruega al cielo
La vida guarde del que en su Dios ama;
Y ya rendida al soñoliento velo,
Se recostó sobre la humilde cama,
Yo, por guardarla el suyo sacrosanto,
Pondré el dedo en la boca y fin al canto.

CANTO V.

De los desposorios de Nuestra Señora y San José.

»De entre los brazos de la noche oscura
Sale, el cabello de oro snelto al viento,
Aquella cuya luz serena y pura
Los astros de oro roba al firmamento,
Privando del favor de su hermosura
Al celoso Troyano mal contento,
Y en la cama de rosas y azahares
Sentóse renovando sus pesares.

Y por entre cortinas de brocado,
Entretejidas de olorosas flores,
El rostro saca del color rosado
Volviendo á cada cosa sus colores;
Su carro de cristal vió aparejado,
Escuchó de las aves los amores,
Vió que ya los ganeses se levantan,
Y que los gallos la vocean y cantan.

Mira que deja la vedada cama
Y que sale el adúltero encubierto;
Que maldice su luz la infame dama
Porque su lecho vil dejó desierto;
Mira al ladrón que las tinieblas ama,
Huir por no ser della descubierta;
Que madrauga el devoto al templo santo,
La recién viuda al ordinario llanto.

Mira al enfermo triste que agradece
La luz hermosa con que le visita,
Que se le entra hasta el lecho en que padece
Moderando sus ansias y su grita;
Mira el siervo que gruñe y se embravece
Contra el Señor que su quietud le quita,
Y mira al Labrador y al estudioso
Desasirse del sueño pegajoso.

Mira en las oficinas de Vulcano
Que música le dan á martilladas;
Los clarines escucha en el mar cano
Alegrando sus olas plateadas;
Escucha el cuerno ronco del villano,
A quien siguen gruñendo sus manadas;
Mira que beben las hermosas flores
Las perlas de sus claros resplandores.

Ve que su carro aljófares distila
Del licor puro que de la mar saca,
Ve que de plata y oro se perfila
Con su serena luz la nube opaca;
Oye del manso la grosera esquila
Que el recental mamando su hambre aplaca,
Que se vuelve á su cueva el ladrón lobo
Que deja por su luz de hacer el robo.

Mira con su menuda compañía
La madre, que dos veces les fué madre,
A quien es bien que llamen madre pia,
Pues la una vez los engendró sin padre;
Y mira que á la luz que ella le envía
El sustento les busca que mas cuadre,
Siendo madre, regalo, muro y nido
De los polluelos que han entrañas sido.

Mira que esparcen flores los jardines,
Haciendo con cuidado diligente
Dellas alfombras para los chapines
Con virillas de plata de su oriente;
Que la llaman tocando sus clarines
Los tiernos ruseñores dulcemente,
A cuyo son, corriendo sus cortinas,
De perlas coronó las clavelinas.

Escuchó menos roncós á los gallos,
Y de hácia el mar miró como subian
Del que es alma del mundo los caballos,
Que las ondas de plata dividian;
Y mas de espacio se paró á mirarlos,
Por ver la nueva luz con que venian,
Y alcanzó á ver del sol la rubia cara
Mas de lo acostumbrado hermosa y clara.

Dudando un poco y luego en sí volviendo,
Acordóse del claro hermoso día
Que por todo el Oriente va esparciendo
Entre rayos de luz los de alegría;
En el cual, de dos almas una haciendo,
El justo noble, y sin igual Maria,
Entre lazos divinos de himeneo
Se tienen de ofrecer en digno empleo.

Turbada de la luz la precursora
De que tan grande su descuido sea,
Pide á la hermosa jardinera Flora
Que de sus varias flores la provea;
Y de Aqueló, que á Deyanira adora,
Pide la copia fértil á Amaltea,
Y de olorosas flores de su Oriente
Adorna su nevada y roja frente.

Y pide á la pintora primavera
De abril y mayo flores y blandura,
De Zéfiro y Favonio cierta espera
Soplos suaves llenos de dulzura;
De la dichosa Arabia y India fiera
Carga de flores ricas de hermosura,
Y al tiempo que en su carro alegre sube,
Huye la noche envuelta en negra nube.

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abrilés, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

Llegó á Jerusalem la rubia dama,
Haciendo el templo bienaventurado
Con las flores y luz que en él derrama
Un nuevo Oriente, blanco y encarnado;
A los divinos desposados llama
Con canto de las aves, no enseñado;
Salúdalos y dales la en buen hora,
Y de nuevo la tierra y cielo adora.

Quisiera ver los desposorios bellos
En que al yugo de amor divino y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto;
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le trata,
Su partida importante no dilata.

Los escogidos novios despertando,
Lo necesario cada cual previene,
Sus gallardas personas adornando,
Conforme á su nobleza les conviene;
Viene de dondos el ilustre bando,
Y el pueblo todo lleno de amor viene
A acompañar al joven valeroso
De la inculpable Virgen digno esposo.

En esto de los cielos se descuelgan
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;
Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

Trae entre la amorosa compañía
El blanco yugo, el himeneo gozoso;
Baja la castidad hermosa y fria,
La humilde gracia y el deleite hermoso;
Baja en alegres corros la alegría,
El dulce agrado y el placer gracioso,
Y vertiendo claveles y azucenas,
Llegan de la ciudad á las almenas.

Y al tiempo cuando de la antigua casa
Sale del gran Jacob el heredero,
Segundo Aaron, cuya bondad sin tasa
Excede al valor grande del primero,
Y el acompañamiento ilustre pasa
Del visorey de Egipto verdadero,
Llega la escuadra angélica gloriosa
Acompañando su persona hermosa.

Cual va el dorado Febo, que ha dejado
A la templada Licia donde invierna,
Que de olorosos ramos coronado,
Va á visitar á su ciudad materna,
Donde el cretense y driope mezclado
Con nuevo gozo y con dulzura tierna
Celebra alegre su benigna lumbre,
Y él se va de su Cinto á la alta cumbre;

No de otra suerte el mozo valeroso,
Mas gallardo que el sol, alegre sale,
A cuya real presencia y rostro hermoso
No hay entre todos nadie que le iguale;
El pueblo alegre, con meneo gozoso
Publica lo muchísimo que vale,
Y él con un mirar grave, agradecido,
Vuelve al lugar adonde fué escogido.